

CUADERNOS DE PSIQUIATRIA Y PSICOTERAPIA INFANTIL

IN MEMORIAM JULIAN DE AJURIAGUERRA

- R. HENNY: «El fracaso de los mecanismos neuróticos en el niño»
- M. MACIAS ROCHA: «Principios organizadores de la interacción precoz entre la madre y el bebé»
- M. WENGER FRIDMAN: «Consideraciones psicosociológicas sobre los niños inmigrantes y sus padres»
- J. BARO: «Consideraciones sobre una prevención primaria de la violencia»
- F. CABALEIRO: «Situación actual de la especialidad de Psiquiatría de niños y adolescentes en España»
- R. MISES: «Clasificación francesa de los problemas mentales del niño y del adolescente»

* * *

RECENSION BIBLIOGRAFICA

N.º 10 1990

(Revista de la Sociedad Española de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente)

JUNTA DIRECTIVA DE SEYPNA

Presidente:

L. Fernando Cabaleiro (Madrid)

Vicepresidente:

Alberto Lasa (Bilbao)

Secretario:

M^a del Valle Martín (Madrid)

Tesorero:

Jaume Baró (Lérida)

Publicaciones:

Marián Fernández Galindo (Madrid)

Vocales:

Isabel Gómez (La Coruña)

Juan Manzano (Ginebra)

Ricardo Sanz (Valencia)

Cristóbal Serra (Mallorca)

Directora de la publicación:

Marián Fernández Galindo

Comité de Redacción:

L. F. Cabaleiro

L. Martín Cabré

B. Rodríguez Braun

M. L. Alfaya

Suscripciones:

Marián Fernández Galindo

Pirineos, 21

28040 Madrid

IN MEMORIAM JULIAN DE AJURIAGUERRA (1911-1993)

El Profesor Julián de Ajuriaguerra fue enterrado en el pequeño cementerio que rodea la iglesia parroquial de Villefranque, cerca de Bayona, el día 26 de marzo de 1993.

Había fallecido tres días antes a consecuencia de una infección pulmonar que complicó la enfermedad de Alzheimer que había sufrido durante los últimos años de su vida.

Como él hubiera deseado, la ceremonia fúnebre no fue multitudinaria. Sin grandes alharacas póstumas, ni solemnes representaciones oficiales fue despedido por su familia, y sus amigos.

De ellos, muchos convecinos del pueblo que eligió para vivir apaciblemente desde su jubilación. Otros pocos, veteranos discípulos. También algunos, personajes públicos de conocidas trayectorias políticas y académicas. Todos ellos reunidos en testimonio de respeto y de amistad, y con la discreción propia de la tristeza.

«Dejad que los niños se acerquen a mí, porque de ellos es el reino de los cielos», fue la lectura evangélica que su familia eligió para este acto de despedida.

Ciertamente fue un hombre que nunca olvidó su infancia, pese a que le gustaba afirmar sorprendido que no recordaba nada de gran parte de ella.

Una y otra vez volvía al niño como objeto primordial de su curiosidad científica. Y en la larga trayectoria de su impresionante obra, repetidamente marcó hitos importantes para la historia de la psiquiatría infantil.

Recordando sólo los inolvidables. En los años 50-60, la creación de la revista «La Psychiatrie de l'enfant», sus trabajos sobre la psicomotricidad y las dispraxias, sobre el desarrollo del lenguaje y la organización intelectual en los niños psicóticos, sobre la toxicidad y las reacciones emocionales precoces.

En la década de los setenta su histórico «Manual de Psiquiatría infantil», sus trabajos sobre «las posturas del amamantamiento», y «el niño en la historia».

Y ya entrando en los ochenta, los cursos del Collège de France. Fue sin duda en esta etapa de madurez científica cuando más libre se sintió en la elección de sus temas de interés.

Ya anteriormente durante toda su trayectoria profesional supo combinar las enseñanzas de sus maestros, a los que supo buscar y aprovechar con sagacidad y empeño, con una extraordinaria independencia, sin duda fruto de una inquebrantable confianza en sí mismo y en sus intuiciones personales.

Refiriéndose a Wallon dijo: «de quién nunca fuí discípulo y que fue sin embargo mi maestro».

No fue hombre de servidumbres académicas, y le gustaba autocalificarse de «francotirador». Su carácter socarrón le permitía así autodefinir su espíritu libertario y, más discretamente, sus posiciones ante la política, que nunca le tentó, y la vida.

Cabe destacar que a la hora de los máximos reconocimientos académicos, desde Ginebra a París, fue llamado por el clamor de su propia obra y trabajos anteriores, y no en virtud de las sumisiones habituales previas a muchos nombramientos.

Por todo ello se comprende que lo que más feliz le hizo, en su vida científica, fue su elección para el Collège de France. Con su aire iconoclasta decía que lo que más le gustaba de es-

ta venerable institución era que uno podía si quería y le gustaba, crear una cátedra «hasta de ciclismo».

Los psiquiatras infantiles siempre le agradeceremos que cuando ya en la cima de su pensamiento pudo elegir con absoluta libertad, «hasta el nombre de la cátedra», la denominará de «Neuropsicología del desarrollo». Se adelantó así, una vez más en años, a lo que después se consagraría como término de moda «psiquiatría del desarrollo».

Los temas que desarrolló en ella son entrañables. El abrazo, la piel, el tacto, las caricias. Revalorizó la crianza y la importancia de las relaciones precoces. «La madre no es sólo habitáculo,... nutricia y envolvente... transmite los humores de la carne».

Pero lo que sin duda pretendió fue acercarse a su sueño, acercar cuerpo y alma, el niño y el hombre, lo innato y lo adquirido, lo biológico y lo cultural, el «equipamiento» y el «potencial» neurobiológico que para él dependían de la epigenética post-natal, eran «esclavos de la mutualidad madre-bebé».

Una vez más a contracorriente, nos enseñó en tiempos de simplificaciones científicas, que la neurobiología era mucho más que la psicofarmacología, disciplina también muy digna, pero que sometida actualmente a las servidumbres que todo mecenazgo implica, parece querer acaparar abusivamente el monopolio de la científicidad, la rentabilidad y la eficacia.

Dotado de la capacidad de decir mucho en pocas palabras nos legó algunas sentencias. «Si queremos superar las contradicciones entre lo biológico y lo psicológico o entre lo psicológico y lo sociológico, hay que estudiar al hombre desde su comienzo».

Cuando en nuestra Sociedad le nombramos primer miembro de honor, ya estaba afectado de una enfermedad que él co-

nocía bien. Pese a ello, acompañado por su hija nos leyó unas emotivas líneas en las que con humor también aludió a su infancia.

Las implacables ironías de la vida, que son también las de la muerte, quisieron que Ajuriaguerra padeciera la enfermedad de Alzheimer. Había dedicado años de su vida al estudio de la demencia, renovando criterios de exploración y de comprensión de quienes la sufrían. Pero su gran saber médico no pudo evitar ni el paso implacable del tiempo ni el padecimiento de una enfermedad que seguramente se autodiagnosticó.

Quienes conocimos sus últimos años fuimos testigos de su dignidad como enfermo. Se quejaba de perder la memoria, unas veces con tristeza, otras con humor, otras con rabia. En cierta ocasión, ya avanzada su enfermedad exigió enfadado que le dejaran ver sus propias pruebas médicas. «Aún soy capaz de leer una radiografía» dijo.

Cuando ya más desorientado y confuso desconectaba de las conversaciones, sin embargo se acicalaba y entraba en tertulia cuando las visitas eran para él.

En uno de sus últimos paseos eligió mostrar a sus acompañantes las iglesias y los pequeños cementerios pegados a ellas de dos pueblecitos próximos al suyo. Les habló con detalle de que le gustaban aquellos cementerios diciendo que le parecían «cercanos y coquetos, alegres y familiares».

También solía recordar con humor que desde niño había vivido impresionado por la leyenda inscrita en la puerta del cementerio de su pueblo natal. Y solía repetirla con tono solemne: «Lo que sois fuimos, lo que somos seréis cuando menos lo penséis». Y añadió bromeando: «Me pareció tan terrible, que yo creo que desde entonces me he dado prisa por hacer cosas».

En alguna de sus páginas dijo: «el psiquiatra se ocupa de las cosas más simples, de los dichos y hechos banales, estudia

menos sucesos y menos casos hermosos que cualquier otro médico,... pero siempre es testigo de tristes y bellas historias sobre cariños desaparecidos y tristezas insoportables...».

Hoy con su muerte, hecho banal e inevitable, la psiquiatría infantil queda triste y agradecida. Sirvan estas líneas de reconocimiento a su obra y a su vida.

ALBERTO LASA ZULUETA